

Vagabundeos por el Vaticano

El hombre que no fue Jueves

JUAN ESTEBAN CONSTAÍN

Penguin Random House, Bogotá, 2014,
182 pp.

¿CUÁNTOS LECTORES tendrá hoy, en Colombia, G. K. Chesterton? No deben ser una multitud, a pesar de que en su época fue uno de los escritores más populares del mundo, y de que ha contado entre nosotros con dos poderosísimos (y muy disímiles) respaldos: la Iglesia católica y Jorge Luis Borges. En efecto, en la era en que los sacerdotes interrogaban en los confesionarios acerca de las lecturas de sus feligreses, y las recomendaciones o condenas públicas de los obispos determinaban la circulación de novelas y la taquilla de las películas (tal vez impulsándolas más cuando las prohibían que cuando las alababan), los libros de Chesterton eran considerados lecturas convenientes. El creador de un personaje que enfrentaba al mal simultáneamente con camándulas e ingenio era un magnífico publicista del catolicismo, sin hablar de sus biografías de santos absolutamente fundamentales, como las de san Francisco de Asís y santo Tomás de Aquino. Además, muchos de los ensayos de Chesterton divulgaban o elaboraban las posturas de la Iglesia en temas de doctrina social o bioética. Borges, por su parte, no solo era un admirador irrestricto de Chesterton, cuya imaginación consideró comparable con la de Kafka, sino que era abogado de los méritos literarios de muchos relatos policíacos y de misterio ingleses, entre los cuales los de Chesterton se han ganado una posición especial.

En todo caso, entre el alejamiento de esas influencias y el deterioro de la calidad de nuestra educación humanística, la aventura de Constaín en *El hombre que no fue Jueves* tiene algo de quijotesco: centrar una novela en un aspecto semioculto de la biografía de un personaje cada vez menos conocido. No es receta para figurar en las listas de libros más vendidos, especialmente en un medio que, por traumas o por remordimientos, tiende a considerar que solo tiene valor la literatura que se alimenta, en una u otra

forma, de nuestra constante violencia. Pero la aventura tuvo éxito: la novela contó con una recepción más que decorosa en la Feria del Libro en la que se presentó; puede reportarle un rato muy agradable a sus lectores y, quizás, conducir a más de uno a buscar la obra que parafrasea su título.

Si se puede acusar a este libro de tener un tema, este sería un episodio curioso de la historia del catolicismo: una incipiente causa de canonización del excéntrico novelista y pensador inglés, no tanto por ser divulgador y defensor de las iniciativas de la Iglesia, sino por servicios prestados como espiritista a un papa que tenía especial interés en multiplicar los santos como estrategia para fortalecerla. Como puede verse, un pretexto totalmente deleznable, pero suficiente como base para una nebulosa teoría de conspiraciones, misterios y pistas insolutas, que va construyendo el autor con evidente espíritu juguetero.

Constaín se aproxima con mucha parsimonia a su personaje, de hecho se toma dos de diez capítulos para afrontar su tema central. Las amplias digresiones iniciales nos asoman a Venecia y a los diarios de Giacomo Casanova, a las costumbres sociales y gastronómicas de los italianos contemporáneos y al mundo de los fanáticos seguidores de los Beatles, que examinan la separación del grupo y los avatares posteriores de sus integrantes con el detenimiento que otros dedican al divorcio de sus padres. Es así que llegamos a Chesterton por un camino tortuoso pero muy hábilmente trazado, por lo que el corpulento inglés se integra con naturalidad al mundo del narrador, y las peripecias de sus servicios a la Iglesia y una posible causa de canonización sorprenden, pero nunca suenan falsas.

Parece inevitable que cualquier narración contemporánea que involucre al Vaticano tenga que sortear la tentación de sugerir conspiraciones, y en esta novela se dejan entrever una que otra. Pero, como señala un guiño del propio Constaín, no estamos en territorio de Dan Brown, sino en uno mucho más amable y quizás más raro: el de las mentes brillantes, los pensamientos ingeniosamente expresados, los debates apasionados que no alteran los afectos de los contendores. Es evidente que todo ello atrae genui-

namente al escritor y tal vez su mayor logro es transmitir al lector que esta historia, sin truculencias, llena de elementos que ya no están de moda, merece un lugar en las bibliotecas y en las listas de lectura de los colombianos de hoy.

En la era de la posverdad, los lectores y los algoritmos se entrenan para identificar elementos de ficción dentro de textos que se presentan como verídicos, en el sentido más restrictivo de la palabra, y se proclama cómo esos elementos menoscaban gravemente el valor de la noticia o la discusión escrita. Novelas como *El hombre que no fue Jueves* son un buen estímulo para hacer el ejercicio estrictamente contrario, es decir, encontrar elementos materialmente verificables dentro de un relato de ficción. En este último caso, el hecho de que la imaginación del escritor se haya apoyado o no en hechos reales no quita o agrega, por sí mismo, valor a una novela, pero sí ayuda a subrayar algo que toda lectura debería considerar: con cada decisión el autor selecciona una de muchas posibilidades. En la literatura un “pudo haber sido” es tanto o más poderoso que un “fue”. Constaín lo destaca y lo resume en una frase que se repite como mantra en varios pasajes de su libro: “Basta haber nacido”.

Alberto de Brigard